

Capítulo XII

- ¿Existe el infierno, padre? – Preguntó aquella campesina de ojos llorosos, antes de ser “degollada por el verdugo, otra vez- ¡Ayúdeme, por favor, padre! No quiero morir.

Y como en aquella ocasión, él le dio la espalda; no paró la mano de la muerte, por miedo a que la siniestra sombra decidiera llevarlo a él en su lugar.

De nuevo, estaba rodeado de cadáveres, con el olor a sangre empapando su recuerdo y las voces lacerantes atravesando su cabeza. Cruzó el terreno sorteando los cuerpos sucios, blanquecinos, inmóviles, que yacían en el barro. Pronto el hedor sería insoportable. Un festín de cuervos.

Miró al cielo en busca del sol, para que la gracia de su diosa descendiera de las alturas e iluminara la senda que debía seguir. Pero estaba encapotado. No podía saber si rompía el alba o anochecía.

Estaba atrapado en ese valle de lágrimas, sombras y muerte. ¿Cuántas veces debía recorrer aquel camino? Cayó de rodillas al suelo para implorar el perdón por su cobardía, cerró los ojos con fuerza.

Por unos instantes nada vio, ni sintió, ni escuchó... y podría ser que la paz ansiada hubiera llegado, por unos momentos eso fue lo que pensó. Sin embargo, de repente estaba en otro lugar, donde una inmensa hueste, de la que no hallaba final, se extendía ante sus ojos. Ejércitos de diferentes épocas y lugares, de pueblos y razas dispares, aguardaban en la frontera. Sus pendones ajados ondeaban, sus armaduras oxidadas y sus armas estaban dispuestas para la batalla. Aguardaban la señal, la estrella en el cielo”

Eithem despertó bruscamente. Como si hubiera dado un bote en el lecho o hubiera caído de una gran altura. Salió de la cama como accionado por un

resorte para buscar el orinal que estaba debajo de ella y vomitar. Se quedó un rato tumbado sobre el frío suelo de piedra intentando calmar las náuseas.

Su maestro roncaba con gran estrépito al otro lado de la puerta; pocas cosas podían perturbar el sueño del anciano, quizás un terremoto lo pudiera arrancar de los brazos de Amunnul[1].

Decidió sacar la vasija de la habitación antes que se impregnara del olor a bilis. La luz de las antorchas atravesó la oscuridad de la estancia como un cuchillo, hiriendo sus pupilas. Las llamas oscilaban por una corriente de aire gélido, que no sabía de donde procedía. Depositó el orinal en el suelo presto a volver hacia la tibieza de su camastro, pero algo lo sobresaltó acelerando los latidos en su pecho.

Un grito desesperado de mujer irrumpió la quietud de la noche, erizando todo el vello de su cuerpo. Sus gritos de auxilio, que a causa del silencio pareciera provenir del pasillo contiguo, se acercaban. A pesar del temor que le infundía recorrer las galerías solitarias e inquietantes del castillo a esas horas, dio unos pasos fuera de la seguridad de sus aposentos. Oía los pasos aproximarse de quien está corriendo con todas las fuerzas.

Se debatía entre ir al encuentro de la desafortunada o quedarse allí a esperar, cuando su figura entró en el pasillo en donde estaba. Era una joven que vestía el atuendo de sirvienta, le faltaba un zapato que seguramente había perdido mientras huía, su pelo antes recogido en un moño estaba medio deshecho y enredado; la expresión de su rostro era el vivo reflejo del terror. Al verlo se abalanzó sobre él:

-¡Sálveme, padre, por el amor de la diosa, sálveme! – gritó histérica

mientras le agarraba de la camisa a la altura del pecho – ¡por favor, tenga piedad de mí! – Miró hacia atrás – ya viene, por favor, padre, por favor... - suplicó entre llantos -.

- Ven, pero cállate ya... - le ordenó en voz baja, nervioso de que el perseguidor la escuchara y le llevara directamente hacia ellos. Agarró con firmeza el brazo de la sirvienta y la escondió en la habitación. Ella de inmediato se acurrucó a su lado contra la pared temblando de pies a cabeza, mientras farfullaba algo inteligible. Quizás estuviera dando las gracias. Eithem permaneció atento pegando el oído tras la puerta.

Su estómago se contrajo cuando escuchó con claridad un leve tintineo, como el de unas llaves pesadas chocando entre sí, seguido del sonido de pisadas que se percibían con mayor claridad a medida que se acortaban las distancias.

Las manos le sudaban y rezaba a la Diosa Ashed para que pasaran de largo y no se detuvieran. Aguzó el oído al dejar de percibir los ruidos del exterior. ¿Se habrán marchado?

De repente, aporrearon la puerta con tal violencia que apunto estuvo de reventar los goznes. Saltó hacia atrás de la impresión. Aterrada la muchacha hizo amago de gritar. Eithem le tapó la boca, no lo bastante rápido para evitarlo. La madera se sacudía con cada nuevo impacto y cada uno era acompañado con un nuevo alarido. El sacerdote estrechó a la mujer entre sus brazos, entendiendo que era inútil silenciarla; la separó de la entrada por miedo que al derribar la puerta le cogiera en medio de su trayectoria. Era inevitable su captura, seguramente lo habían escuchado.

Le miró al rostro, secó sus lágrimas que no paraban de manar e intentó

calmarla:

- No te preocupes, te ayudaré... no te ocurrirá nada malo. Hablaré con ellos y lo solucionaremos, ya verás – su tono estuvo lejos de parecer sereno. No sabía qué había hecho esa pobre ni quien la perseguía, pero él, que nada tenía que ver con el asunto, estaba sobrecogido y nervioso - Tranquila, estoy aquí no permitiré que te hagan daño, lo prometo... - la madera vibraba con los sucesivos golpazos. La joven volvió a gritar cuando el jambaje se resquebrajó, sin embargo, su alarido se cortó de forma abrupta en sus labios a la misma vez que los golpes. Sus ojos se abrieron de par en par y su mueca de terror se quedó congelada en su rostro pálido – ¿qué ocurre...? - le preguntó. La mirada de la chica se dirigió a su busto - ¡Qué ocurre?...

Se separó un poco para ver lo que ella estaba mirando. Una mancha carmesí afloraba en la tela de su vestido. Estupefacto y sin entender nada, se alejó de ella. Y se miró a si mismo, que también estaba manchado de sangre.

- No entiendo...

De Pronto, como si una fuerza invisible la agarrara de la cintura y tirara de ella, la sirvienta se desvaneció atravesando la pared. Esta vez fue él quien gritó. Corrió hacia el muro por el cual había desaparecido y lo palpó para asegurarse de que era sólido. Incrédulo con lo que había pasado ante sus ojos, agarró el picaporte y miró fuera.

No había nadie. Aunque creyó percibir con su visión periférica a una figura encapuchada que torcía la esquina del otro lado del pasillo. Pero cuando quiso fijarse, ya no estaba. Enfiló hacia allí e intentó llamar su atención. No había nadie, aunque sí pudo escuchar los pasos y los gemidos de la mujer en un

corredor vacío.

La llama de las antorchas oscilaba.

- ...*Eithem* – se le puso la piel de gallina al sentir el aliento glacial en su cuello.

El fuego de las teas tembló peligrosamente. Huyó de allí antes de que se apagarán, porque fuera quien fuera, fuera lo que fuera, no tenía valor para enfrentarlo y menos en la oscuridad.

Trancó la puerta con el arcón, en un fútil intento de sentirse a salvo. Se hizo un ovillo bajo la manta, como un niño pequeño asustado con terrores nocturnos, con los sentidos aguzados para captar cualquier indicio de peligro.

Porque los hombres no lloran, reprimió un sollozo en su garganta, mientras buscaba sin éxito la sangre en su ropa, prueba fehaciente que no estaba enloqueciendo. El cansancio al fin logró vencerle y lo sumió en un mundo de nuevas pesadillas.

El amanecer despuntó en el este.

El cuerpo dolorido protestó al moverse, como si hubiera estado en tensión durante el tiempo que estuvo dormido.

Se abandonó a la oración con la esperanza de espantar las lúgubres ideas que se habían apoderado de su ánimo. Odiaba ese lugar. Quería marcharse de allí. No aguantaba más. No podía salvar a quien ya hacía tiempo había perecido. Entonces ¿cual era el propósito? No entendía los designios de la diosa, y si era un castigo por sus faltas, imploró que fuera revocado, que le brindara el perdón antes de perder la razón.

El corazón casi se le salió por la boca cuando su maestro Pott irrumpió sin avisar en la estancia.

-¿Aún duermes? – Preguntó sorprendido – venga, venga no te hagas el remolón que hay muchas tareas que hacer.

- Sí, maestro, estaba diciendo mis oraciones...

Se incorporó. Puso agua en la jofaina para lavarse la cara y asearse un poco antes de comenzar con su rutina diaria.

- Deberás llevar los libros que te diga a los aposentos de la Princesa después del desayuno. Hoy empezaré su educación, no hay tiempo que perder. El rey la desposará dentro de poco y tiene que aprender los preceptos de la diosa... esperemos que podamos redimir su alma hereje de los fuegos eternos o si no arderá como una pira nada más poner un pié en el templo.

- Con su sabiduría, sabrá conducirla al verdadero camino... -dijo mientras se secaba y se ponía una muda limpia.

- Menos condescendencia, jovencito. Este asunto es complejo.

Sus estudiadas disculpas apaciguaron al anciano. Según le fue indicando, apiló los pesados manuales y tratados, para luego atarlos con unas cintas y transportarlos con mayor facilidad, junto a la tabla encerada y el punzón.

No obstante, sus pensamientos estaban en otro lugar, preguntándose porqué había tantos espíritus en pena vagando entre esos muros y el motivo por el cual los percibía. Aún al recordarlos le temblaban las rodillas.

- ¡Eithem!, te estoy hablando – le llamó la atención su superior. Se disculpó brevemente – a veces, hijo, pienso que te raptan las musas y otras que eres un zopenco. Te decía que esta es una comendación a la que hay que prestar nuestra

entera atención.

-Sí maestro... - se concentró en el soliloquio. Era mejor que pensar en el suceso de la noche-.

-Si conseguimos ganarnos el favor de la futura consorte del rey, estaremos en posición de superioridad táctica – Eithem sonrió por el término militar. Se imaginó por un instante al anciano con el casco de un caballero y espada en ristre preparado para cercenar unos cuantos cuellos – Deja de sonreírte como un bobo... Escucha, jovencito y aprende: ella podría ser la que nos ayude a seguir los designios de la Diosa para con este reino. Donde hay cama, hay intimidad, hay confidencias... ¿me sigues?... ¡deja de sonrojarte como un doncel por el amor de Ashed!

El sabio siguió divagando sobre las ventajas de convertir a la Princesa consorte: influencia interpuesta a su majestad, reconversiones masivas en el valle de Inerduim, hegemonía ashediana en todo el reino. Sus ojos brillaban mientras urdía planes para sacar provecho en beneficio del Culto. Un acceso de tos le hizo aterrizar nuevamente en la realidad.

[1] El hijo luna